



EL CONCEPTO DE PAÍS NUEVO

*Fernand Braudel**

Sería necesario realizar un estudio cuidadoso para comprender, definir y delimitar la noción de país nuevo. Procedamos entonces con cautela al analizar esta expresión, para evitar que se diluya su amplio contenido y su dinamismo, debido a su característica imprecisión y a los abusos que se cometen en su utilización actual.

Cuántas veces hemos oído frases como ésta: "Aquí estamos en un país nuevo, en donde todo es de reciente creación... de grandes riquezas para el futuro... en un lugar en donde, en contraste con los países viejos, todo puede esperarse... etcétera". ¡Cómo es difícil el descubrimiento de las verdades que se esconden dentro de esas fórmulas oficiales, repetidas a cada instante! Para lograr percibir esas verdades es necesario recurrir a casi todas las ciencias sociales, y también a la historia. No es ésa, sin embargo, nuestra finalidad. En esta revista, que se encuentra bajo el signo de la juventud, no queremos ocupar un lugar que, debido a nuestra madurez, no nos pertenece ya. A los alumnos que solici-

^o El artículo de Fernand Braudel que aquí presentamos es, hasta hoy, inédito en español. E incluso, es un texto poco conocido a nivel mundial, y dentro del mismo Brasil, lo que en parte se debe al hecho de haber sido publicado en los años treinta y dentro de una revista estudiantil de difusión más bien restringida. Se trata entonces, hasta cierto punto, de un verdadero rescate del texto braudeliano, para los lectores de *Perfiles Latinoamericanos*. Traducción del portugués al español de Carlos Aguirre Rojas.

taron nuestra colaboración para esta revista titulada *Filosofía, Ciencias y Letras*, de la cual se enorgullecen tan justamente, estuvimos tentados a responderles: "¿Valdrá la pena escribir nosotros algo? Antes que eso, hablen ustedes, y sobre todo, de ustedes mismos: porque es a través de la juventud y de su propia expresión que nosotros indagamos acerca del futuro del Brasil, futuro grande e inquieto a un mismo tiempo, y que será exactamente, precisamente, el futuro de ustedes mismos". Ocuparemos entonces —lo que consideramos esencial para la revista— sólo unas pocas páginas para analizar nuestro problema. Además, en este breve espacio, tenemos la intención de exponer solamente algunas reflexiones, e incluso sin explorarlas exhaustivamente, esbozando sobre todo ciertas consideraciones que provienen de una experiencia directa.

Hay, a pesar de todo, casos en los que soy joven e incluso hasta más joven que mis propios discípulos. En estos últimos, más viejos que yo, es en los que se ubican y se mezclan la historia y la actualidad, el pasado y el presente de Brasil. Creo que es E. Giradoux el que, en un pasaje de su obra *Sigfried y el Limousin*, muestra a uno de sus personajes que, cabalgando por la húmeda neblina de la mañana, a través de un camino de la Alemania de hoy, y antes que las casas abran sus puertas, se siente, en un momento dado, transportado del sueño hacia la realidad, por la sensación de atravesar la Alemania de los tiempos de Gustavo Adolfo.

Aquí en Brasil no son necesarios tantos cuidados para volver a ver el pasado y para, al regresar de un viaje banal, encontrarse con las misteriosas huellas de la época amerindia, situada aún más atrás del pasado colonial que data apenas de ayer. Aquí, en Brasil, el pasado y el presente nos arrastran y nos solicitan con una insistencia que es en sí misma una continua lección.

Es preciso, cualquiera que sean las consecuencias, replantear nuestras ideas sobre Europa, detrás de las cuales, quíerese o no, hay confusiones que son como terrenos y campos abatidos, junto a jardines y pomares en perfecto orden... Además, para conocer lo que es un país nuevo ¿no será la mejor escuela el hecho mismo de vivir en él?

Viví bastante tiempo —diez años— en otro país que se dice

nuevo, en Argelia, que es sin duda la más sólida y más seria creación de la expansión francesa, en la medida en que el Canadá Laurentino, área muy vigorosa, se separó de nosotros los franceses casi desde el comienzo. Argelia es, con certeza, la creación más seria y más sólida de Francia, aunque en apariencia menos celebrada a pesar de ser menos *país nuevo* que Marruecos, aunque más importante que este último. En la fisonomía de Argelia se encuentran innumerables trazos clásicos de un país nuevo: el crecimiento rápido de las ciudades, el desarrollo resuelto de sus puertos y de sus mercados productivos. Argelia y sus barrios concentran más de 300 mil habitantes y tal vez así resulta ser la más bella de las ciudades francesas después de París, la más atractiva, no obstante la presencia de algunas feas construcciones antiguas, estilo Luis Felipe. Argelia es, además, el primer cliente y el primer proveedor de Francia.

Pero es en la raza de hombres duros, audaces, enérgicos, en donde se señalan de manera más visible los trazos de un país nuevo. El campesino que se arraigó ahí hace 50 ó 75 años, el gran propietario argelino, tienen ambos el placer del riesgo, el gusto de la aventura... mucho más que el de la cultura filosófica; un no sé qué con sabor de América.

Fue Claudis Farrére el que escribió sobre los *hombres nuevos* de Marruecos. Pero es justo decir que fue Argelia la que nos empujó a la conquista de las regiones bárbaras vecinas y fue ella la que las colonizó, dándole sus hombres nuevos, dotándolas de sus *bandeirantes*; y es ella todavía la que controla la desembocadura del Río Niger, y es hacia ella que aún habrá de enviar sus hijos y sus capitales el gobierno francés, a pesar de haberse destruido los sueños de las grandes plantaciones de algodón.

Volví a ver Argelia en la plenitud de su luz ofuscante, luego de mi primera estancia en tierras brasileñas, a las que dejé justamente en la época en que las nubes del estío comenzaban a hacer más pálido el color del cielo... ¿será Argelia un país nuevo? Nunca creí antes seriamente que lo fuese, y ahora no lo creo ya de ninguna manera. Es claro que este rechazo lo hago en nombre de una idea arbitraria, que se puede aceptar o negar, pero que tiene su validez, incluso fuera de las definiciones y del círculo dentro del cual deseo mantenerme. Aclarémoslo. La idea

de *país nuevo* es inseparable de una condición característica de juventud. São Paulo es un centro urbano bastante antiguo, pero en su condición de gran ciudad es de apenas ayer, y por lo tanto, es nueva. Argelia también, en su nueva fase, parece datar de hace cien años —la conquista de Argel fue hecha en julio de 1830— pero, en verdad, es solamente en el siglo XX que se procesa y establece su gran desarrollo económico. Es así que, después de comienzos de este siglo, se forman los grandes viñedos, se acrecientan, por un instante, sus producciones de trigo y sus exploraciones de fosfatos y de minerales de hierro. También Argelia tiene un futuro promisorio y se encuentra, sin duda, muy por debajo del máximo de su posible expansión; ávida de dinero, del lujo y de la inteligencia que le llegan de la metrópoli, a la cual se vincula estrechamente por una afectividad calurosa y por la rapidez de las comunicaciones.

En la base, mientras tanto, en sus raíces sociales —y es éste el punto sobre el que insistimos— ella reposa sobre el viejo mundo de las sociedades indígenas —el mundo milenario de la montaña berebere, del habitante de Numidia de los tiempos clásicos— y sobre el mundo secular del pastor árabe que se arraigó en las estepas de la llanura alta desde los siglos VII y VIII, y principalmente después de la invasión hiladiana del siglo X. Luego de lo cual, esas sociedades, lejos de desaparecer, prosperarán ampliamente, proliferando gracias a la paz francesa. Así, en 1830 vivían en Argelia dos millones de indígenas, mientras que hoy existen cerca de seis millones. Por encima de esa masa, está el *hombre nuevo* europeo, que es dueño de los puestos de comando, ubicándose entonces en una posición que es difícil mantener. Algo que la historia ha confirmado vehementemente.

Porque frente a esa masa inquieta, los *hombres nuevos* no llegan ni siquiera a la cifra de un millón. Y hacen falta muchos más, porque a la masa de las sociedades indígenas lo que le falta es plasticidad. En el dominio de lo económico, es esta masa el obstáculo contra el cual se lucha actualmente. Emile Gautier dice al respecto: "Allí donde no actúa el microbio europeo" es donde "se estanca la vida económica argelina". Así como prospera el *squatter* en las inmensidades en donde las plantas son raras en Australia, así se da la mediocridad de la producción y crianza

de carnero en las llanuras elevadas de Argelia. La causa está en el pastor indígena que es ineducable. El progreso argelino se procesa entonces principalmente en las planicies sublitorales vacías o casi vacías de gente, en el momento en que se establece la ocupación francesa, en esas regiones de aguas estancadas, de animales salvajes en donde campeaba antes la malaria. En esos lugares, la experiencia francesa se realiza sobre una especie de *tabla rasa*, sobre un espacio virgen. Para construir allí, esa experiencia mezcla elementos humanos provenientes de todas las partes del Mediterráneo occidental, italianos del *mezzogiorno*, corsos de la costa y de la montaña, franceses meridionales salidos de los viñedos e incluso inmigrantes del norte de Francia, de Alsacia, así como españoles de Levante..., se forman de este modo, en la vasta Argelia, algo así como tres o cuatro fragmentos de América. Pero en otras regiones, sin embargo, la sociedad indígena impide la reproducción del fenómeno americano.

En Marruecos, en Túnez, la experiencia francesa alcanza un grado mucho menos elevado, comenzando en 1881-1883 en Túnez y en 1912 en Marruecos. En estas dos regiones norafricanas, y sobre todo en Marruecos, el ensayo francés, que se beneficia de las enseñanzas recolectadas en Argelia, se desenvuelve con una velocidad de ensueño. Sin embargo, esos éxitos tan evidentes no deben ocultarnos las dificultades que encubren. En Marruecos como en Túnez, las sociedades indígenas subyacentes son realidades todavía más impermeables y de penetración aún más difícil que en el caso de Argelia. Porque allí esas sociedades se apoyan sobre ciudades dotadas de burguesías intelectuales indígenas: por un lado la ciudad de Túnez y por el otro la misteriosa ciudad de Fez. En Argelia a través de la cual Francia forzó las puertas del Africa del Norte, se trata, por el contrario, de una zona que ha sido siempre una zona atrasada y situada entre dos regiones brillantes: Marruecos de una lado e *Ifriqya* o Túnez del otro.

En síntesis, puede decirse que si la tentativa francesa en Argelia se hubiese desarrollado, de manera generalizada y no sólo de modo excepcional como lo hizo, sobre una *hoja en blanco*, entonces los resultados económicos serían hoy mucho mayores de lo que actualmente son, y entonces el país entraría dentro de la categoría de *países nuevos*, no parcialmente, sino de manera

total. Está lejos de mí cualquier intención de censura al respecto, pues la colonización francesa encuentra, precisamente en ese crecimiento y expansión de la sociedad indígena norafricana, su justificación moral. Pero esto no es, no obstante, el problema que aquí nos ocupa.

¿Países nuevos no serían, entonces, aquellos cuyo desarrollo económico es refrenado por el carácter anquilosado y rígido de los elementos sociales? Veamos el caso de Francia: su sociedad está esencialmente dotada de una coherencia, de una disciplina y de ciertas exigencias que incluso están en contradicción con las inclinaciones lógicas, si no morales de la economía... *producir* es la voz de orden de las sociedades nuevas, mientras *repartir* es la consigna dominante de los mundos viejos. En Francia, a cada momento, los problemas económicos se entrelazan con las necesidades, o más aún, con las reclamaciones sociales.

El destino de la política, o más bien su papel, es el de conciliar lo económico con lo social, lo que no siempre se hace en beneficio del factor económico. En el Brasil, en cambio, no diré que la política no se encuentra en una situación similar, pero no hay duda de que en su constitución social, al menos en Sao Paulo y en el sur de Brasil, existe también una cierta movilidad de caracteres que no es posible encontrar en Europa. Cuántas veces no hemos escuchado decir, por parte de los mejores observadores de la vida paulista, lo siguiente: "entre nosotros no existe el problema social, *la cuestión social*". Es claro que esa afirmación no es más que una *boutade*, una broma, y que lo que en realidad significa es que, si aquí en Sao Paulo existen problemas sociales, ellos no se presentan, digamos, igual que en Francia... Y en resumen, es también una manera de decir que acá en Brasil no existe una sociedad con esas divisiones tan separadas que se asemejarían a las grandes avenidas de piedra que dividen un jardín. Por el contrario la sociedad brasileña se encuentra dotada de una flexibilidad extrema. Sus elementos no están aglutinados, dispuestos ya en cuadros rígidos y observando un cierto orden. El mayor reaccionario equivale siempre aquí a un *whig*, y además a un *whig* muy liberal. Hay una asombrosa maleabilidad de la masa social, que es móvil, y que está siempre predispuesta a remodelarse desde el principio hasta el fin de la entera escala

social, bajo las más distintas condiciones económicas, que son también tal vez demasiado maleables, casi como tormentas que otras sociedades no podrían soportar, y entregada con toda su fuerza al influjo de las ideas y al progreso con todas sus innovaciones. En la sociedad francesa, en cambio, existe todo el tiempo un movimiento continuo —la llamada *etapa* de Bourguet— que hace ascender a algunos de los elementos de los niveles inferiores hacia las clases más elevadas de la sociedad, pero apenas en la escasa medida que es necesaria para restaurar y conservar el nivel más alto del edificio, entonces constantemente renovado, pero siempre el mismo.

Aquí en Brasil, a diferencia del caso francés, los movimientos verticales poseen la fuerza de verdaderos torrentes, procesándose además tanto en el sentido ascendente como en el descendente. Además de lo cual, existen también extrañas corrientes horizontales, que arrastran al médico hacia el magisterio, luego de ese magisterio hacia la política, de la política hacia las haciendas de producción de café o hacia el cultivo del algodón... nuestras existencias discurren sobre una línea precisa, mientras que las de los hombres de los países nuevos están bajo el imperio del zig-zag, de la imprecisión de la juventud. Esta maleabilidad social, sin embargo, no es fundamentalmente el elemento esencial del *país nuevo*, ni su único elemento, pero sí es sin duda su elemento más importante. Hasta el punto de que puede ser tomado como criterio para clasificar o no a determinado país en la categoría de país nuevo. No lo es Egipto. Ni tampoco la India o el Japón. Ni Abisinia en la víspera de su periodo de vida romana. Ni tampoco los estados americanos de los viejos paisajes de las civilizaciones antiguas, y en consecuencia, ni México, ni Bolivia, ni Perú... y ni siquiera el África austral con sus sociedades indígenas.

Pero si lo son la Argentina o el Brasil de tipo paulista. Por el contrario, pondríamos ciertas reservas en lo que toca a Canadá o a los Estados Unidos, en donde creemos que la sociedad se solidifica progresivamente. Tampoco parecerían serlo Australia y Nueva Zelanda, ya que considerarlos *países nuevos* requiere de muchas precauciones. Pensamos que estos últimos dos países

nuevos son completamente ingleses, y por lo tanto, demasiado sometidos al esquema y a las órdenes de la metrópoli.

¡Extraño resultado éste, de un análisis que se pretendía conciso! ¡Al primer esfuerzo hecho para precisar una noción común y corriente, esta última quedó vacía de su anterior contenido! Se eliminan así todos los países que eran candidatos al título de país nuevo, icon la sola excepción del Brasil y de la Argentina! Aunque nos disculpemos, justificamos ahora nuestras conclusiones. Creemos que cualquier otro criterio que hubiese sido adoptado nos llevaría a la misma eliminación. Supongamos por ejemplo que hubiésemos preferido considerar el aspecto económico para decir qué país nuevo es aquel que importa hombres, capitales y productos manufacturados, y que es además suficientemente rico en posibilidades para asumir y asimilar esa triple sobrecarga. Si se acepta ese criterio ¿cuáles serían los países que deberían ser admitidos y cuáles serían rechazados como *países nuevos*? En verdad, antes que cualquier otra cosa la vida es demasiado compleja para poderla contener dentro de una fórmula simplista, y sobre todo, la juventud de los países, que son seres colectivos, no por el hecho de ser más prolongada que la nuestra, deja de ser también momentánea. Uno de mis amigos se obstina en ver el futuro de la ciudad de Sao Paulo a través de la imagen de Chicago. Cuando esa imagen fuera realidad ¿será todavía joven Brasil?, ¿no habrá perdido ya entonces su sociedad esa movilidad que es la causa de muchas de sus miserias, pero también la causa de su atracción y de su fuerza sobre la naturaleza? Las sociedades, incluso las más fluidas, evolucionan siempre hacia un cierto orden. Una vez establecido este orden, no se encuentra sin embargo bajo el signo de la eternidad. Existe más bien un ciclo que va del orden hacia la dispersión, y de la dispersión nuevamente hacia el orden. Este ciclo se completa más o menos rápidamente. Brasil, por lo menos en lo que toca a su realidad social, deja de ser un país joven cuando desaparece la navegación de vela en el Atlántico, y la navegación de vapor comienza a traerle su masa de inmigrantes allí por el año de 1890. Y es a partir de la presión de las circunstancias, bajo el bombardeo de los ejércitos de recién llegados, que la vieja sociedad se conmociona, amplía

sus mallas, salva del orden anterior todo lo que puede –su lengua, su religión– y convierte al Brasil en un país nuevo.

En una brillante exposición, uno de mis alumnos hablaba de Inglaterra en 1850, en la época en que su organismo social acababa de arruinarse para ceder el lugar a un nuevo orden. Resumía la situación en estas pocas palabras: “Inglaterra fue el primer país americano del mundo”. La expresión podría servir de conclusión a este ensayo. Pues ella pone de relieve, muy claramente, las posibilidades de un regreso a la juventud.

Agregaría tan sólo un consejo destinado a los jóvenes: “En un país que tendrá cubiertos sus marcos, antes de que la actividad que ustedes desarrollen esté terminada, y que sufrirá las consecuencias de sus acciones en una amplitud que ustedes no imaginen, conviene pensar y reflexionar maduramente antes de actuar. *Producir y repartir*, decíamos atrás, refiriéndonos a los países viejos y nuevos. Se podría decir igualmente, que en un caso se trata de conservar y en el otro de crear. Entonces les preciso que ustedes sean capaces de crear el Brasil de mañana y de hacerlo aún mejor!”.

Sao Paulo, c.a. 1935.

